

encuentro en un corredor, con un fascículo de la *Revue des Deux Mondes* en la mano. Comprendió que algo grave había ocurrido y les llevó á su gabinete, donde ardía un buen fuego de encina.

Ega contó lo que le ocurría, en tanto que Carlos se calentaba, y Craft, sin admirarse, preparaba tres grogs de cognac y limón. Al terminar, sentóse en una butaca chupando la pipa.

—Bueno—dijo Ega al acabar,—¿qué me aconsejas?

—Que te quedes mañana en casa esperando sus padrinos... que no acudirán... Y si llegase el caso de batirse, dejarte herir ó matar.

—Es lo mismo que le dije—exclamó Carlos, probando su grog.

Ega les miró á los dos, petrificado, y luego, en un flujo de palabras y exclamaciones, se quejó de sus amigos. ¡Qué! ¿En lugar de apoyo, del auxilio que podía esperar de ellos, le abandonaban, exponiéndole á mayores irrisiones? Conmoviase; centelleábanle los ojos. Y cuando uno de ellos quería contestarle, le interrumpía dando una patada y volvía á su tema: ¡un desafío, quería matar á Cohen, vengarse! Había sido insultado. No había remedio. Era preciso batirse. Nadie habló de mujeres. En la sala algunos habían presenciado su afrenta... un oso, una tirolesa... ¿Recibir una bala? No. Era preferible que muriese Cohen, un agiotista... El se debía á la civilización, al país. Si se desafiaba sería para apuntar, para matar á Cohen como una bestia inmundada.

—¡En fin, que no tengo amigos!—exclamó, cayendo exhausto en un sillón.

Craft bebía sorbos de grog.

Carlos se levantó, serio y ceñudo. No tenía Ega motivo para dudar de su amistad. ¿Cuándo le falta-

ra? Pero era necesario ser pueril ni teatral... El caso era sencillo. Cohen había sorprendido sus relaciones con su mujer. Podía matarle, procesarle, arrojarle á puntapiés de su casa...

—O bien algo peor: enviarle á Raquel con una cartita que dijera: "Guárdela,..."

—Eso es—añadió Carlos.—Y en vez de adoptar alguna de esas resoluciones violentas, se limita á decirte que no pongas más los pies en su casa. ¿Y por ello quieres desafiarme, matarme?

Pero Ega no quiso darse á partido. No, señor. Quería matarle. No se había hablado de Raquel... Y con su traje de Mefistófeles, sin gabán, aparecía más ridículo y lamentable.

Entonces fué Carlos quien se incomodó.

—¿Por qué, pues, te expulsó de su casa? ¡No dispartes, hombre! Te decimos lo que debe hacer un hombre formal. Y es triste cosa que te cueste tanto entender lo que haría un hombre de buen sentido... ¡Nada de equívocos! Afirmabas muy alto que eras amigo de Cohen. Lo traicionaste; has de acatar la ley: si te quiere matar, has de morir. Si no quiere hacer nada, estarte quieto. Si te llama canalla, te toca inclinar la cabeza...

—Entonces ¿me he de tragar la afrenta?

Sus amigos le explicaron que aquel disfraz demoníaco le quitaba la lucidez de pensamiento y que resultaba toito que hablara él de *afrenta*.

Ega permaneció unos momentos callado.

—En fin—dijo—ya no sé nada... Ustedes deben tener razón... ¿Qué he de hacer?

—¿Tienen ustedes el coche abajo?—preguntó Craft con gran calma.

Carlos había mandado los caballos á la cuadra, para que descansasen y comiesen.

—¡Muy bien! Entonces, amigo Ega, lo mejor que

puedes hacer, ya que tal vez has de morir mañana, es cenar esta noche. Tengo un buen pastel y vino de Borgoña...

Al cabo de un rato comían ya. Carlos, que tenía apetito, cortaba el pastel, y Craft descorchaba dos botellas de Chambertín añejo para reconfortar á Me-fistófeles.

Pero Satanás, cejijunto y cabizbajo, rechazó la copa.

—Cuando ustedes llegaron—dijo Craft—estaba leyendo un artículo sobre la decadencia del protestantismo en Inglaterra...

—¿Qué hay en esa lata?—preguntó Ega con acento moribundo.

Era una lata de *foie-gras*. Ega lo probó, y después tomó un sorbo de vino.

—Es bueno el Chambertín—suspiró.

—Anda, come y bebe con franqueza—exclamó Craft.—No hagas el romántico. Lo que tienes es hambre. Todas tus ideas de esta noche se resienten de debilidad.

Ega confesó que, entusiasmado con su disfraz, apenas había cenado. Sí, tenía apetito.. El *foie-gras* era excelente...

De allí á un rato devoraba. Comió pastel, una tajada enorme de lengua de Oxford, jamón de York, todos aquellos manjares ingleses suculentos que no faltaban jamás en casa de Craft. Y se bebió casi una botella de Chambertín.

Un criado entró con el servicio de café. Discutían ahora acerca de la conducta que seguira Cohen con su mujer. ¿Qué haría de ella? Tal vez la perdonase. Ega no lo creía. ¿Meterla en un conveito? Tampoco; era judía.

—Quizá la mate—pronunció muy seriamente Carlos.

Ega, con los ojos encandilados por el Borgofña, declaró que en tal caso entraría él en un monasterio. Los dos se le burlaron sin piedad. No había ninguno que conviniera á Ega. Para dominicano era muy flaco, para trapense muy lascivo, muy charlatán para jesuita, para benedictino poco instruido. Habría que inventar una orden especial.

—La de *Sainte-Blague*—apuntó Craft.

—Ustedes no tienen corazón—exclamó Ega llenando de nuevo su copa—no saben cómo quería yo á esa mujer.

Y empezó á hablar de Raquel. Y tuvo los momentos más felices de toda aquella pasión, pues pudo hacer relucir sin escrúpulo su aureola de amante y bañarse en el mar de delicias de sus vanidosos recuerdos.

Contó como la conociera en Foz. Sus paseos; las cartas tímidas que cambiaban dentro de los libros que Ega le prestaba; cartas en las que ella firmaba *Violeta de Parna*; el primer beso, arrebatado mientras salía momentáneamente el marido; las citas en Oporto, en el Cementerio del Reposo, los apretones de manos á la sombra de los cipreses, los planes de voluptuosidad ideados entre las lápidas fúnebres...

—Muy curioso—decía Craft.

Tuvo que callar Ega, porque entraba el criado; pero aprovechó el alto para beber. Después contó la vuelta á Lisboa, las entrevistas en Villa-Balzac, largas y ardientes, en un nido de amor...

Calló un momento, con los ojos arrasados en lágrimas. Luego explicó los nombres lúbricos que ella le daba, cierta colcha de raso negro sobre la que ella brillaba como un mármol... Se le escaparon dos lágrimas y juró que quería morir.

—¡Si supieran ustedes qué cuerpo el suyo!—gritó

de repente.—¡Ah! ¡muchachos! ¡Qué cuerpo!... ¡Imaginen un pecho!...

—¡No nos importa!—dijo Carlos.—¡Cállate; estás kurda, miserable!

Ega se levantó apoyándose en la mesa:

—¡Yo bebido! ¡Buena es esta! ¡No, nuncal! ¡Nunca se había podido emborrachar! ¡Ni bebiendo aguarrrás!... Dame esa botella... ¡Me la bebo toda y verás como quedo frío, impasible! ¿Quieres que discutamos de filosofía, que te diga mi opinión sobre Darwin? Que es un tonto. ¡Ahí tienes!... Dame la botella.

Craft se negó. Entonces Ega se le quedó mirando, con los ojos llameantes, muy pálido.

—O me das la botella... O me das la botella... ó te meto una bala en el corazón... No, no vales lo que la bala... ¡Te doy un moquetel!

De pronto se le cerraron los párpados, cayó en una silla y de allí al suelo.

—¡Tierral!—dijo tranquilamente Craft.

Tocó la campanilla; entró el criado; llevaron á Ega á una cama; le despojaron de su traje de Sata-nás. Besaba babeando las manos á Carlos, murmurando:

—¡Raquelita!... Racaqué... ¡Raquelina!... ¿Quieres á tu monín?...

Cuando Carlos volvió á Lisboa no llovía; un viento frío azotaba el rostro; alboreaba.

Al día siguiente á las diez, Carlos volvió á Olivares. Craft dormía y subió al cuarto de Ega. Las ventanas habían quedado abiertas y una ancha faja de sol doraba el lecho. John roncaba aún en aquella aureola, de lado, con las rodillas en el pecho y la cabeza dentro las sábanas.

Cuando Carlos le sacudió, el pobre Ega abrió unos ojos espantados, miró con espanto las paredes, los

muebles, una dama empolvada que le sonreía dentro de un marco dorado. De fijo que le asaltaron los recuerdos de la víspera, porque su cara verdosa, envejecida, expresó el desconsuelo de dejar aquellos blandos colchones, la paz de la quinta, para ir á Lisboa donde le esperaban amarguras sin cuento.

—¿Hace frío?—preguntó melancólicamente.

—No. El día es precioso. Levántate aprisa. Si vieran á buscarte de parte de Cohen, podrían figurarse que huiste.

Ega saltó de la cama, con las piernas desnudas, tropezando con los muebles buscando la ropa. Sólo halló el disfraz demoníaco. Un criado trajo unos pantalones de Craft, y sin lavarse, sin afeitarse, con el cuello del gabán levantado, hundida la gorra escocesa hasta el cogote, dijo trágicamente á Carlos:

—¡Vamos allá!

Craft, que se había levantado, les acompañó hasta la puerta, donde esperaba el coche de Carlos. En la alameda de acacias, tan tenebrosa la otra noche, gorjeaban los pájaros. La quinta, fresca y lavada, verdeaba al sol. El gran Terranova de Craft les acompañaba.

—¿Te duele la cabeza, Ega?—preguntó Craft.

—No, no creáis que me emborraché... Es que estaba débil...

Pero al subir al coche, hizo esta observación en tono profundo y filosófico:

—Lo que tiene beber buenos vinos... ¡Estoy como si tal cosa!...

Craft recomendó que si ocurría algo se le avisara. El cupé se puso en marcha.

Pero no hubo que avisarle, y cuando Craft apareció en Villa Balzac halló á Carlos que dormitaba y

á Ega muy pálido, con traje negro y una flor en el ojal. No habían aparecido los testigos de Ega.

—¿No te decía yo? No habrá nada, nada podía haber,—murmuró Craft.

Pero Ega temía por Raquel. ¡Quizá la había asesinado! Le indignó la sonrisa escéptica de Craft. El no conocía á Cohen. Bajo su apariencia burguesa era un monstruo... Le había visto matar un gato sólo por el gusto de derramar sangre...

—Tengo el presentimiento de una desgracia—murmuró.

En aquel instante resonó la campanilla. Ega empujó á sus amigos hacia el dormitorio. Craft le hizo observar que á aquella hora no podían ser los testigos de Cohen. Pero Ega se empeñó en quedar solo. Y abrochándose la levita quedó inmóvil mirando hacia la puerta.

—¡Qué pesadez!—exclamó Carlos, andando á tientas en la obscuridad.

Craft encendió un cabo de vela. Brotó una claridad tristona y apareció un cuarto que parecía un campo de Agramante. En el suelo había una cámara de dormir. A un lado había una gran jofaina llena de agua de jabón. En el centro del cuarto la gran cama, envuelta en sus cortinas de seda roja, que conservaba su majestad de tabernáculo.

Craft, metódico y como quien estudia, examinaba el tocador, donde había un mazo de horquillas, una liga con el cierre roto y un ramito de violetas mustias. Después dió una ojeada al mármol de la cómoda. Aparecían allí un plato con unos huesos de ave, una cuartilla escrita con lápiz. Aquello le parecía muy curioso.

En la sala se oía cuchichear. Una de las voces parecía de mujer. Carlos, impaciente, fué á la cocina. La criada y el groom le dijeron que la que hablaba

con el señorito, era la camarera de Raquel. Carlos volvió adonde estaba Craft.

—Es la confidente—dijo; todo termina á las buenas.

—Pues, ¿cómo quería usted que terminara? Cohen tiene su Banco, sus negocios y no puede provocar un escándalo. Esto es lo que calma á los maridos. Además ya se desfogó... Ofreció los puntapiés...

En aquel instante se oyó ruido en la sala y Ega abrió violentamente la puerta:

—Todo acabó; le dió un puntapié, se reconciliaron y mañana marchan á Inglaterra.

Carlos miró á Craft que sonreía satisfecho al ver que se realizaban sus predicciones.

—¡Un puntapié!—exclamaba Ega con los ojos llameantes. —Luego hicieron las paces. Serán un *menage* modelo. El palo todo lo purifica... ¡Canalla!

Estaba furioso. En aquel momento odiaba á Raquel. Recordaba el bastón de Cohen. Un roten con una cabeza de galgo por puño. ¡Y aquel palo había golpeado las carnes que él estrechara con pasión! ¡Puso verdugones donde sus labios avivaron el color rosado! Prefiriera saberla muerta á verla apaleada. ¡Mas no! Había llevado una soba, y después se acostó con su marido, el cual, arrepentido ya, dándola dulces nombres, la habría ayudado á ponerse paños de árnica. ¡La gran pasión de su vida terminaba en árnica!

—¡Entre usted aquí, Adela!—gritó.—Somos amigos. Se acabó el secreto y terminó el pudor. Somos tres y uno solo. Aquí está usted en presencia del gran misterio de la Santísima Trinidad... Siéntese, Adela... No haga cumplidos... Puede contar... ¡Adela presencié la coza, muchachos!

Adela, una muchacha gordiflona y baja, con bonitos ojos, entró rectificando. No... No viera la coza.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

El señor Ega había entendido mal... Sólo oyó la escena.

—Ocurrió así, señores: No me había acostado á causa del baile. Amanecía ya, cuando el señor, aun vestido de moro, fué al cuarto con la señora. Yo quedé en la cocina con Domingo, esperando que tocasen la campanilla... De pronto oímos gritos. Me asusté; pensé que había ladrones. Corrimos hacia la habitación. Se oía el ruido de bofetones y de garrotazos; el señor blasfemaba y la señora chillaba. De pronto, silencio completo.

Volví á la cocina. Al poco rato apareció el señor Cohen en mangas de camisa. Dijo que nos acostáramos y que al día siguiente me hablaría. A las once se levantaron; parecían muy amigos... El señor Cohen vino á la cocina, me pagó y me echó á la calle con malos modos... Cuando fuí á buscar la maleta, Domingo me dijo que mañana marchaban á Inglaterra...

Adela lanzó un suspiro y calló. Ega, cruzado de brazos, miraba á sus amigos con amargura. ¿Qué les parecía aquello? ¿Un puntapié?... ¿Un cobarde de tal jaez no merecía un balazo? ¡Y ella, que consintió en acostarse con él, después de la palizal! ¿Qué asquerosos!

—¿Y no sabe usted cómo se descubrió el enredo?—preguntó Craft á Adela.

—¡Esto es lo raro!—exclamó Ega.

No se escribían; las visitas á Villa Balzac no podían haberse sabido; todo estaba combinado con gran arte. Los criados de Ega nunca la vieran á ella; no sabían quién era la señora que le visitaba.

—¡Es extraño!—murmuró Craft.

Adela continuaba sentada familiarmente, con unos cachivaches en la falda.

—Diga, señor Ega—dijo de pronto.—Se me anto-

ja que sería en sueños. Sin duda la señora hablaría alto, lo oiría el señor Cohen y cádate el pastel... Me consta que la señora sueña en alta voz.

Ega miraba á la camarera con ojos chispeantes.

—¿Cómo es posible que la oyese si duermen en distintos cuartos? Me consta.

Adela bajó la vista y dijo en voz baja:

—No, señor. La señora no quiere dormir separada... Le gusta mucho su marido y tiene celos de él.

Reinó un silencio embarazoso y desagradable. En el tocador acababa de consumirse el cabo de vela con lúgubre resplandor. Ega paseaba por el cuarto á pasos lentos y retorciéndose el bigote.

Entonces Carlos, aburrido de aquel episodio que duraba desde la víspera, dijo que era preciso acabar, que quería ir á comer.

—Sí, vamos á comer—contestó Ega.

De pronto hizo una seña á Adela y se la llevó para la sala.

—¿No está usted harto de esto?—exclamó Carlos, dirigiéndose á Craft.

—No. Me parece curioso.

Esperaron diez minutos. De pronto se apagó la vela. Carlos, furioso, llamó al paje. Y éste entraba con un inmundo quinqué de petróleo, cuando apareció Ega diciendo que Adela había salido ya.

—Vamos á comer. Pero ¿dónde, á esa hora?

Fueron á un restaurant de Chiado. Villa Balzac quedaba como abandonada. Ya para nada servía.

En el restaurant tuvieron que esperar mucho rato en un saloncito empapelado de color azul con estrellitas doradas. Ega se hundió en un sofá. Carlos contemplaba los grabados de la habitación. Craft recorría un *Diario da Manhã*.

Súbitamente Ega se levantó de un salto.

—Lo que no me explico es cómo descubrió el pastel ese malvado.

—Quizás es exacto lo que dijo Adela. Quizás hubo una denuncia anónima—contestó Lraft.—Puede que fuera una casualidad...

Ega replicó:

—No quise explicarme delante de Adela, que no lo sabía todo. Pero ¿recuerdan ustedes que delante de mi casa, al otro lado de la calle hay un caserón con un gran jardín? Allí vive una tía de Gouvarinho doña María Lima, una persona respetable... Son íntimas: doña María es íntima de todo el mundo. Raquel la visitaba de vez en cuando. Después salía por una puertecita excusada, entraba en mi casa por la puertecita del jardín, bien tapada. Mis criados estaban fuera. El lunch preparado de antemano. Además, para despistar, en casa de doña María cambiaba de sombrero, se ponía un watterproff...

Craft le felicitó.

—Muy bien. Parece de Scribe.

—De modo—dijo Carlos sonriendo—que esa respetable dama...

—¡Pobre doña María!... Te digo que es una excelente señora, bien recibida en sociedad, pero pobre... Y hace esos favores... A veces hasta en su casa.

—¿Lleva mucho por esos servicios?—preguntó tranquilamente Craft.

—No, pobre. De vez en cuando se le dan cinco libras.

Entró entonces el camarero con el primer servicio y empezó la comida.

Después fueron á terminar la velada á Ramillete, donde durmió Ega, diciendo que no quería ir á Villa Balzac.

Por fortuna no había nadie en Ramillete y Ega se retiró á su habitación, en el segundo piso. Apenas hubo salido el criado, sacó de debajo de la camisa, tirando de una cinta que llevaba al cuello, un medallón de oro con el retrato de Raquel. Quizá pensaba quemarlo, arrojar al balde de agua sucia las cenizas de aquella pasión. Pero apareció el rostro bonito, iluminado por una sonrisa, y los recuerdos de Ega se despertaron. Recordó el vestido descotado que llevaba cuando se retrató, la peca diminuta que tenía Raquel sobre el pecho izquierdo... Pasó de nuevo por sus labios el sabor de sus besos y sintió en su alma el eco de los suspiros cansados que exhalara en sus brazos... ¡Y pensar que *nunca más* la vería! Aquel *nunca más* le aterró. Y con la cara hundida en la almohada, el pobre demagogo, el gran ironista sollozó durante mucho rato en el secreto de la noche.

Toda aquella semana fué dolorosa para Ega. Al día siguiente fué Dámaso á Ramillete y explicó los rumores que corrían por Lisboa. En todas partes se sabía que le arrojaron de casa Cohen. El oso y la tiroleza hablaron por los codos. Hasta se decía que Cohen le dió un puntapié. Los amigos de la casa, Alencar sobre todo, defendían á Raquel. Alencar contaba públicamente que Ega, provinciano inexperto, lechuguino de Celorico, habiendo tomado por evidencias de pasión las sonrisas de amabilidad de una señora que recibe, escribió á Raquel una carta casi obsesiva, que ella, pobrecita, enseñó, con lágrimas en los ojos, á su marido.

—¿De modo que me dan por perdido?—exclamó Ega, que escuchaba aburrido y afligido aquellas habladurías.

Dámaso confesó que en la sociedad se le daba por perdido.

¡Bah! ¡Ya lo sabía! Era antipático en Lisboa. No le perdonaban la pelliza. Sus sarcasmos ofendían. Y resultaba desagradable para mucha gente que un hombre de su inteligencia y acometividad tuviese una madre rica, fuese independiente.

Al sábado siguiente, al volver Carlos de comer en casa los Gouvarinhos, contóle lo que le dijera la condesa. Le habló muy libremente, como pudiera hacerlo un hombre, del desastre de Ega. Le afligía mucho lo ocurrido, no sólo por Raquel, de quien era amiga, sino por Ega, que salía apabullado del lance. Cohen decía á todo el mundo (lo dijo á Gouvarinho) que amenzó á Ega por haber escrito una carta inmunda á su esposa. Los que nada sabían, como Gouvarinho, lo creían, y los que desde seis meses antes se reían de la intimidad de Ega y la Cohen, fingían también creerlo. Ega era odiado. La Lisboa que vive entre el Gremio y la Havaneza, holgábase de "enterrar," á Ega.

Ega sentíase "enterrado." Aquella noche declaró á Carlos que había decidido retirarse á la quinta de su madre, pasar un año allí, terminar las *Memorias de un Atomo* y reaparecer en Lisboa con su libro publicado, triunfante. Carlos no quiso disipar esa ilusión radiante.

Pero cuando Ega, antes de marchar, quiso recapitular su estado de cuentas, quedó aterrorizado. Debía á todo el mundo; desde el sastre al casero; tenía tres letras aceptadas. Si no pagaba aquellas deudas, dirían las malas lenguas que además de amante amenazado por el marido, era un tramposo perseguido por sus acreedores. ¿Qué recurso le quedaba? Carlos le prestó dos contos de reis.

Después, á los pocos días de despedir á los criados de Villa Balzac, ocurrióle una nueva catástrofe. La madre del groom se presentó en Ramille-

te, muy insolente, diciendo que su hijo había desaparecido. Y era exacto. El famoso paje, pervertido por la cocinera, se había lanzado con ella á la divertida vida de la chulapería.

Ega se negó á acceder á las reclamaciones de aquella mujer. ¿Qué demonio tenía que ver con aquellas torpezas?

Entonces intervino el amante de la madre, que se presentó amenazador. Era un policía. Dió á entender que en Villa Balzac ocurrieron cosas "contra natura," y que el paje no se limitaba á servir de camarero. Asqueado hasta lo indecible, Ega soltó cinco libras. Cuando aquella noche, una noche triste de lluvia, Carlos y Craft le acompañaron á Santa Apolonia, les dijo en el coche estas palabras, triste resumen de un amor romántico:

—Siento como si el alma me hubiese caído en una cloaca. ¡Necesito un baño por dentro!

Alfonso de Maia, al saber el desastre de Ega, dijo á Carlos con tristeza:

—¡Mala estrella, hijo, pésima estrella!

Aquella noche, volviendo de Santa Apolonia, Carlos pensó que no sólo era mala estrella la de Ega sino también la suya. Ega había llegado á Lisboa como conquistador, con sus *Memorias d'un Atomo* y se volvía á Celorico descorazonado, vencido. ¡Pésima estrella! El, por su parte desembarcara en Lisboa con grandes proyectos: laboratorio, consultorio, una obra comentada, mil cosas más... ¿Qué había hecho? Un par de artículos para un diario, una docena de recetas y un melancólico capítulo de *La Medicina entre los Griegos*. ¡Pésima estrella!

No, la vida no le parecía risueña. ¡Pobre Egal! ¡Cuán triste debía estar, acurrucado en un rincón del vagón! En Ramillete no estaban mucho más alegres sus amigos. Craft y el marqués habían entablado una discusión desconsoladora acerca de la vida. Taveira explicaba que á un compañero suyo de oficina se le había estrellado un hijo, cayendo del balcón á la calle en tanto que su mujer agonizaba variolosa.

Pero todo cambió para Carlos cuando de allí á un rato acudió Dámaso y le dijo que Castro Gómes estaba en cama, indispueto.

—¡De fijo que te avisarán; como ya cuidaste á la niña!...

Al día siguiente Carlos no salió de su casa, esperando un aviso, que no llegó. Y dos tardes después, pasando por Aterro, lo primero que vio fué á Castro Gómes y á su mujer, pasando en coche descubierto.

Ella pasó sin verle. Carlos decidió acabar con su tormento haciéndose presentar por Dámaso. No podía más, quería oír su voz, ver lo que decían sus ojos cuando se les interrogaba de cerca.

Pero toda aquella semana, sin saber cómo, estuvo en compañía de los Gouvarinhos. El conde le vió una tarde, le llevó á su casa, le leyó un artículo que escribiera para el *Diario del Comercio* y le invitó á comer. A la tarde siguiente jugó unas partidas de *croquet* con el conde y en un momento de intimidad contó á la condesa que sus cabellos rojos le habían enamorado la primera vez que los vió. La condesa le habló de un libro de Tennyson que no leyera y Carlos ofreció llevárselo al día siguiente por la mañana. Hallóla vestida de blanco, muy guapa, y hablaban ya en voz baja y tenían las sillas muy juntas cuando el criado anunció á doña María de Acuña.

Carlos las dejó después de unos momentos, prometiendo volver para hablar de Tennyson.

Una tarde en que Carlos se vestía para ir allá, apareció Dámaso, contando que el imbécil de Castro Gómes había desistido de ir al Brasil. Carlos pensó pedirle que le presentara; pero como en Cintra, le pareció ridículo ser presentado por Dámaso.

Este maldecía su suerte.

—¡Yo que ya tenía mujer, si hubiese habido ocasión! ¿Cómo me las arreglo ahora?

Y contó que el matrimonio parecía disgustado, que apenas cruzaban media docena de palabras durante una hora. Ella le pareció haber llorado...

—¡Me dan ganas de enviarlos al cuerno! Puedes crearlo.

También se quejó de ella. Le parecía extravagante. A lo mejor permanecía callada y luego, sin motivo, mientras él hablaba, soltaba el trapo á reír...

—¿A dónde vas?—preguntó, viendo que Carlos se ponía el sombrero.

—A tomar té con los Gouvarinho.

—Pues te acompaño... Estoy aburrido hasta lo indecible.

—Sí, ven; me harás un favor—contestó Carlos.

La tarde era espléndida; Carlos iba en el *dog-cart*.

—Hace tiempo que no damos un paseo juntos—dijo Dámaso.

—Como andas siempre con extranjeros...

Cuando llegaron á la puerta de los Gouvarinho y supo que la condesa recibía, Dámaso dijo de pronto:

—No, no subo. Estoy hecho un estúpido; me siento incapaz de hablar.

Se despedía ya y añadió:

—¡Ah! Recuerdo que Castro Gómes me ha dicho lo que se te tenía que enviar por tu visita á la chi-